

COMIENZA EL RELATO WALTER HARTRIGHT,
PROFESOR DE DIBUJO RESIDENTE
EN CLEMENT'S INN, LONDRES

I

Estábamos en el último día del mes de julio. El largo y cálido verano ya estaba pronto a terminar, y los fatigados peregrinos que recorríamos las calles londinenses empezábamos a pensar en las sombras de las nubes sobre los maizales y en las brisas otoñales de la costa.

Por lo que a mí atañe, pobre de mí: el verano que así agonizaba me había dejado sin salud, sin ánimos y, a fuer de ser sincero, poco menos que arruinado. A lo largo del año anterior no había administrado mis recursos de profesional con el esmero de costumbre, y debido a mi prodigalidad me vi reducido a la perspectiva de pasar el otoño viviendo con parquedad entre la casa de campo que tenía mi madre en Hampstead y los aposentos que yo había alquilado en la ciudad.

Aquella tarde, según recuerdo, era tranquila y cargada de nubes; el aire de Londres era más pesado que nunca; el murmullo del tráfico rodado se oía muy débil y lejano; a medida que el sol se ponía, los pequeños latidos de la vida en mi interior y en el inmenso corazón de la ciudad parecían menguar al unísono, con redoblada languidez. Me despecé y alcé la vista del libro que en verdad no estaba leyendo, sino que daba pábulo a mis ensoñaciones, y salí de mis aposentos para refrescarme con la brisa del barrio residencial. Era una de las dos veladas por semana que tenía por costumbre pasar con mi madre y con mi hermana. Así pues, me puse camino al norte, rumbo a Hampstead.

Los sucesos que aún he de relatar me obligan a señalar en este punto que en la época acerca de la que escribo mi padre ya llevaba muerto varios años, y que mi hermana Sarah y yo éramos los únicos sobrevivientes de una familia

que estuvo en tiempos compuesta por cinco vástagos. Igual que yo, mi padre había sido profesor de dibujo. Su ejercicio de la profesión le había granjeado un gran éxito, y su afectuosa ansiedad por proveer el futuro de quienes dependíamos de su trabajo le había impelido, ya desde que contrajo matrimonio, a dedicar al pago de un seguro de vida una porción de sus ingresos mucho más cuantiosa que la que la mayoría de los hombres estimaría oportuno reservar para el cumplimiento de semejante propósito. Gracias a su admirable prudencia y a su abnegación, mi madre y mi hermana se vieron a su muerte tan independientes del mundo como lo habían sido de hecho en vida de mi progenitor. Yo heredé sus relaciones profesionales y conté con todas las razones del mundo para estarle muy agradecido por las perspectivas que me aguardaban a la hora de iniciar mi andadura en la vida.

Aún temblaba la quietud del crepúsculo en las lomas más elevadas del brezal y, a mis pies, la panorámica de Londres se había sumergido en una negra hondonada, a la sombra de la noche encapotada, cuando me planté a la entrada de la casa de campo en que habitaba mi madre. Apenas toqué la campanilla cuando se abrió con cierta violencia la puerta de la casa y apareció en el umbral mi ilustre amigo italiano, el profesor Pesca, allí donde habría esperado la presencia de un criado. Salió muy alborozado a recibirme con su parodia altisonante y extranjerizante de un sentido grito de júbilo en inglés.

Tanto por su especial personalidad como, permítaseme añadir, por mi propia apetencia, el profesor merece el honor de una presentación en toda regla. Por puro accidente se ha convertido en el punto de partida de la extraña historia de familia que tengo por objetivo revelar en estas páginas.

Yo había conocido a mi amigo italiano tras encontrarlo en varias casas de la aristocracia, en las que él impartía clases de su lengua y yo enseñaba dibujo. Todo lo que yo sabía por entonces sobre la historia de su vida era que había disfrutado en tiempos de una cátedra en la Universidad de Padua, que se marchó de Italia por motivos políticos (la

naturaleza de los cuales sempiternamente se negaba a explicar a nadie) y que llevaba muchísimos años establecido en Londres, donde se había forjado un considerable respeto como profesor de lenguas extranjeras.

Sin ser en realidad un enano —ya que era una persona perfectamente proporcionada de pies a cabeza—, Pesca sí era, creo yo, el ser humano de más baja estatura que había visto yo en toda mi vida, sin contar los que se exhiben en las barracas de feria. Si su presencia física resultaba llamativa en todos los sentidos, más destacaba aún entre todos sus congéneres por la inofensiva excentricidad de su carácter. La idea que al parecer regía su existencia no era otra que su obligación de manifestar su gratitud por el país que le había dado asilo y que le había otorgado un medio de subsistencia, y esa gratitud consistía para él en hacer lo indecible por convertirse en un inglés de pies a cabeza. No contento con hacer a la nación el cumplido de llevar en todo momento un paraguas, ni con gastar en cada ocasión unas polainas y un sombrero blanco, el profesor aspiraba a ser un inglés con todas las de la ley en sus hábitos y costumbres y en su indumentaria. Toda vez que nos consideraba una nación sumamente distinguida gracias a nuestro aprecio por el ejercicio corporal y el atletismo, el hombrecillo se había dedicado sobre la marcha a practicar los deportes y pasatiempos más genuinamente ingleses siempre que encontraba la ocasión; convencido a pie juntillas de que en su mano estaba adoptar nuestros pasatiempos nacionales, sobre todo en el campo, por un elemental esfuerzo de voluntad había dado en convencerse de que era capaz de ponerlos en práctica, de la misma forma en que había adoptado el uso de las polainas y del sombrero blanco.

Lo había visto arriesgar ambas piernas a ciegas en una cacería del zorro y en un campo de cricket; poco después lo vi arriesgar también la vida en la playa de Brighton.

Allí nos encontramos por casualidad y nos bañamos juntos. De haber estado dedicados a uno de los ejercicios específicos de mi nacionalidad, sin duda me habría dedicado a velar por Pesca con el debido cuidado. Lo cierto es

que, como los extranjeros tienden a ser en el mar tan capaces de cuidar de sí mismos como lo son los ingleses, nunca se me pasó por la cabeza que el arte de la natación fuera uno más de los múltiples ejercicios que el profesor estaba convencido de poder aprender sobre la marcha. Poco después de habernos alejado ambos de la orilla, me detuve y descubrí que mi amigo no había llegado hasta donde yo estaba, así que me di la vuelta para buscarlo. Con pasmo y con horror advertí que entre la orilla y el punto en que me encontraba no había otra cosa que dos bracitos blancos que por unos instantes se debatieron en la superficie y que acto seguido desaparecieron de mi vista. Cuando me sumergí en su rescate, el pobre hombrecillo estaba tendido, acurrucado y quieto en la oquedad de una roca, con el aspecto de ser muchísimo más pequeño de lo que hasta entonces me había parecido. Durante los pocos minutos que pasaron hasta que lo llevé a la orilla, el aire libre lo reanimó y pudo subir los escalones de la máquina de baño con mi ayuda. Con el restablecimiento parcial de su vitalidad recobró también su magnífico delirio de grandeza respecto al arte de la natación. En cuanto el castañeteo de los dientes le permitió decir palabra, esbozó una sonrisa alelada y comentó que debía de haber sido culpa de un calambre.

Cuando se hubo repuesto por completo y se reunió conmigo en la playa, dejó a un lado su artificiosa reserva británica y se explayó según dictado de su cálida naturaleza meridional. Me apabulló con las más desatinadas expresiones de afecto; exclamó apasionadamente, muy de acuerdo con su exagerado talante italiano, que en lo sucesivo pondría su vida a mi disposición, y proclamó que no volvería a ser feliz hasta el día en que tuviera la oportunidad de demostrarme su eterna gratitud haciéndome un servicio que yo también recordase hasta el fin de mis días.

Hice cuanto pude por detener el torrente de sus lágrimas y sus muestras de afecto, e insistí en considerar todo lo sucedido como buen tema para un chiste, nada más, hasta que por fin conseguí, tal como imaginaba, atenuar el abrumador sentimiento de obligación que había con-

traído Pesca hacia mí. Poco pude pensar entonces, y poco pensé después que concluyeran nuestras placenteras vacaciones, que la oportunidad de prestarme un servicio que mi agradecido amigo tanto anhelaba iba a producirse muy pronto; poco pude pensar que él estaría ansioso por aprovecharla sin más dilación, poco sospeché que, con ello, iba a alterar todo el curso de mi existencia y a transformarme de tal manera que casi no sería capaz de reconocerme tal como había sido yo en el pasado.

Con todo, así fue. Si no me hubiera sumergido para rescatar al profesor Pesca cuando él ya estaba tendido bajo el agua, sobre el lecho del mar, en ningún caso habría tenido la menor relación con la historia que en estas páginas ha de relatarse. Posiblemente jamás habría llegado a oír siquiera el nombre de la mujer que ha vivido constantemente en todos mis pensamientos, que se ha adueñado de toda mi energía y se ha convertido en la única influencia rectora que hoy guía mi vida.

II

El rostro y la actitud de Pesca, la noche en que nos encontramos cara a cara ante la cancela de casa de mi madre, fueron más que suficientes para hacerme saber que algo extraordinario había ocurrido. Fue de todos modos completamente inútil pedirle que me lo explicara de inmediato. Lo único que pude deducir mientras me conducía al interior de la casa tomándome por ambas manos fue que (conociendo mis hábitos como los conocía) había acudido esa noche a la casa de campo seguro de encontrarme allí, y colegí que tendría que contarme noticias de muy agradable naturaleza.

Los dos irrumpimos en el salón de forma sumamente precipitada y muy poco decorosa. Mi madre estaba sentada junto al ventanal abierto, riendo y abanicándose. Pesca era uno de sus visitantes favoritos; a sus ojos, las más desatinadas de sus excentricidades siempre resultaban dignas de su perdón. ¡Pobre y cándida mujer! Desde el mis-

mo instante en que supo que el menudo profesor tenía una honda y agradecida ligazón con su hijo, le abrió su corazón sin reservas de ninguna clase y pasó por alto todas sus desconcertantes rarezas de extranjero, sin proponerse siquiera comprender una sola de sus peculiaridades.

Mi hermana Sarah, pese a tener de su parte la ventaja de la juventud, se mostraba, cosa rara, mucho menos condescendiente. Reconocía las excelentes cualidades cordiales de Pesca, pero no estaba dispuesta a aceptarlo de manera implícita, tal como lo aceptaba mi madre, solamente por ser amigo mío. Su muy insular concepto de la corrección se sublevaba de continuo contra el idiosincrático desprecio de Pesca por las apariencias, y siempre se mostraba más o menos disimuladamente asombrada por la familiaridad con que trataba su madre al excéntrico y menudo extranjero. No sólo en el caso de mi hermana, sino también en muchos otros, he observado que nosotros, los de la nueva generación, no somos tan impulsivos ni tan vehementes como nuestros mayores. Veo con frecuencia a no pocas personas mayores arreboladas e incluso excitadas ante la perspectiva de un placer que no perturba en modo alguno la serenidad de sus tranquilos nietos. Me pregunto si los jóvenes de ahora somos tan auténticos como lo fueron nuestros progenitores en su día; me pregunto si los grandes avances de la educación no habrán supuesto un paso demasiado grande; me pregunto, en fin, si en estos tiempos modernos no seremos en el fondo tan sólo un poquitín demasiado educados.

Sin proponerme dar respuesta concluyente a estos interrogantes, puedo en cambio dejar constancia de que nunca vi a mi madre y a mi hermana en compañía de Pesca sin que mi madre me pareciera con mucho la más joven de las dos. Por ejemplo, en esta ocasión la dama de mayor edad estaba riéndose de muy buena gana al vernos entrar de forma tan atropellada e infantil en el salón, mientras que Sarah, visiblemente molesta, recogía los trozos de una taza que se había caído al suelo cuando el profesor tropezó con la mesa al salir precipitadamente a recibirme en la puerta.

—No sé qué habría pasado si llegas a retrasarte, Walter —dijo mi madre—. Pesca estaba medio loco de impaciencia, y yo estaba medio loca de curiosidad. El profesor trae maravillosas noticias, y dice que a ti te conciernen; por eso se ha negado cruelmente a darnos siquiera una pequeña pista hasta que no se presentase su amigo Walter en la casa.

—¡Qué contrariedad! Se ha desaparejado el juego de té —murmuró Sarah para sus adentros, absorta con tristeza en recoger los trozos de la taza.

Mientras eran pronunciadas estas palabras, el bueno de Pesca, feliz y contento, totalmente ajeno al irreparable destrozo que había sufrido la vajilla por su culpa, se afanaba en arrastrar una enorme butaca hasta el otro extremo del salón, como si pretendiera dirigirse a nosotros tres tal como lo haría un orador ante su público. Una vez vuelta la butaca de espaldas a nosotros, se encaramó de un salto y se puso de rodillas, de cara al respaldo, para dirigir la palabra con gran excitación a su pequeña congregación de tres personas, desde un púlpito improvisado.

—Y ahora, estimados queridos míos —empezó a decir Pesca (que siempre decía «estimados queridos» cuando pretendía decir «estimados amigos») —, escuchadme con atención. Ha llegado la hora de que os recite mi buena nueva. Por fin empiezo a contárosla.

—¡Escuchad, escuchad! —dijo mi madre siguiéndole la corriente.

—Lo siguiente que rompa, mamá —susurró Sarah—, será el respaldo de nuestra mejor butaca.

—Vuelvo atrás a mi vida y me dirijo al más noble de los seres vivos —prosiguió Pesca, que vehementemente interpelaba a mi humilde persona desde el remate del respaldo—. ¿Quién me encontró muerto en el fondo del mar (por culpa de un calambre), y quién me sacó a flote, y qué le dije yo cuando hube vuelto a la vida y vestí de nuevo mi ropa?

—Mucho más de lo que hubiera sido necesario —re-puse yo tan ceñudamente como me fue posible, pues sabía que dar pie a Pesca en lo relativo a este asunto termi-

naba invariablemente por desatar las emociones del profesor en una riada de lágrimas.

—Dije —insistió Pesca— que mi vida pertenecía a mi querido amigo Walter hasta el fin de mis días, así es y así ha de ser. Dije que nunca volvería a ser feliz hasta que encontrase la oportunidad de hacer un gran favor a Walter, y nunca he estado del todo satisfecho hasta que ha llegado este venturoso día. Ahora —exclamó el entusiasmado hombrecillo a pleno pulmón— la felicidad rebosa por todos los poros de mi piel, como si fuera sudor, pues por mi fe y por mi alma y por mi honor juro que ese favor por fin se ha hecho, y que la única palabra que ahora me queda por decir es... ¡bien, muy bien!

Quizá venga a cuento explicar aquí que Pesca se las daba de ser un perfecto inglés tanto en su manera de hablar como en su manera de vestir, así como en sus costumbres y pasatiempos. Había adoptado algunas de nuestras expresiones familiares más coloquiales y las iba esparciendo en su conversación cada vez que se le pasaban por la cabeza, aunque dada su apetencia por el sonido de dichas expresiones y su habitual desconocimiento de su sentido, las convertía en palabras compuestas o en repeticiones de su propio caletre, juntándolas unas con otras como si constaran de una única y larguísima sílaba.

—Entre las elegantes mansiones de Londres en las que enseñé la lengua de mi país natal —dijo el profesor, que claramente se disponía a abordar la explicación que tanto tiempo llevaba posponiendo sin introducir una palabra más a modo de prefacio—, hay una especialmente opulenta, sita en esa gran plaza que llaman Portland. ¿Sabéis todos dónde está? Sí, sí, claro que por supuesto. Esa espléndida mansión, estimados queridos, tiene a su cobijo una espléndida familia. Una mamá rubia y rolliza; tres doncellas rubias y rollizas; dos jóvenes caballeros, rubios y rollizos también; y un papá, que es el más rubio y el más rollizo de todos, un poderoso comerciante forrado de oro hasta las cejas, hombre de gran distinción en otro tiempo, aunque dado que tiene la cabeza monda y lironda y una papada de bastante consideración, ha dejado de ser tan

distinguido en la actualidad. Pues bien, ¡atentos! Yo enseño el sublime Dante a las tres doncellas, y ¡ah! ¡Dios me ampare, ampáreme Dios! No hay palabras en la lengua de los hombres para decir cómo desconcierta el sublime Dante las bellas cabecitas de las tres. Lo mismo da, cada cosa a su tiempo, que todo se andará, y cuantas más lecciones dé, mejor para mí. Pues bien, ¡atentos! Imaginaos que hoy estoy dando la lección a las tres doncellas, como de costumbre. Estamos los cuatro en el Infierno de Dante, estamos en el Séptimo Círculo, pero eso es lo de menos, que todos los círculos son iguales para las tres doncellas, rubias y rollizas por igual; no obstante, en el Séptimo Círculo, mis alumnas se quedan atascadas, así que yo, para ponerlas de nuevo a caminar, recito, explico y estallo hasta ponerme al rojo vivo de puro entusiasmo inútil, y es entonces... el crujido de unas botas en el pasillo, al otro lado de la puerta, cuando hace su aparición el acaudalado papá, el poderoso comerciante de la cabeza monda y lironda y la papada de consideración. ¡Ja! Mis muy estimados queridos, ahora ya estoy mucho más cerca de ir al grano, mucho más de lo que pensáis. ¿Me habéis escuchado con paciencia, u os ha dado por pensar «al diablo con Pesca, que lo muelan, que esta noche habla por los codos y no dice nada de nada»?

Declaramos que estábamos profundamente interesados en lo que nos estaba contando. El profesor prosiguió su discurso.

—El acaudalado papá lleva una carta en la mano, y después de pedir disculpas por perturbarnos en nuestra estancia en las regiones del Infierno debido a los comunes asuntos de este mundo, interpela a las tres doncellas y comienza, como comenzáis los ingleses cualquier parlamento, con esa bendita palabra que siempre decís con un gran ¡oh! de entrada: «¡Oh, queridas! —dice de golpe el poderoso comerciante—. Aquí tengo una carta de mi amigo, el señor...» (se me ha ido el nombre de las mientes, pero lo mismo da, que ya volveremos a ello más tarde: sí, sí, bien, muy bien). Total, que el papá dice: «Aquí tengo una carta de mi amigo, el señor, y dice que quiere que

le recomiende a un profesor de dibujo, para que vaya una temporada a su casa de campo.» ¡Por Dios, bendito sea Dios! Cuando escucho al acaudalado papá pronunciar esas palabras, ¡por mi vida que si hubiera sido tan alto como para alcanzarlo, le habría rodeado el cuello con los brazos y lo habría apretado contra mí en un largo y agradecido abrazo! Como no pude, me conformé con dar un respingo en mi asiento. Mi asiento se había erizado de espinos, y me ardía el alma de ganas de hablar, pero me contuve, callé y dejé proseguir al papá. «Tal vez sepáis —dice este buen hombre de dinero a la vez que retuerce la carta de su amigo entre los dedos de oro, ora de un lado, ora del otro—, tal vez sepáis, queridas, de un profesor de dibujo que pueda recomendar, ¿verdad?» Las tres doncellas se miran unas a otras y dicen entonces (eso sí, con el gran ¡oh! indispensable para comenzar un parlamento): «Oh, querido, no, papá, pero aquí está el señor Pesca...» Al oír que se menciona mi nombre ya no me puedo contener más: pienso en vosotros, mis estimados queridos, y se me sube ese pensamiento a la cabeza, me levanto de un brinco como si una estaca hubiera surgido del suelo y hubiera atravesado el asiento de mi silla y me dirijo al poderoso comerciante, diciéndole (frase hecha en inglés): «Estimado señor, ¡tengo al hombre que busca! Recomiéndelo en el correo de esta misma noche y envíelo mañana mismo con su bolsa y su equipaje (otra frase hecha en inglés, ¿eh?), envíelo mañana mismo con su bolsa y su equipaje, diga que saldrá en el tren de mañana mismo sin más tardanza.» «¡Alto, alto! —dice el acaudalado papá—. ¿Es extranjero o es inglés?» «Inglés hasta la médula de los huesos», respondo. «¿Honorable?» «Caballero —respondo con una punta de enojo (pues esta última pregunta me insulta, y a partir de ahí me dispongo a tratarle ya sin familiaridad)—, la llama inmortal del genio arde en el espíritu de este inglés; por si fuera poco, antes había brillado en el espíritu de su padre.» «Eso no me importa —dice el acaudalado bárbaro del papá—, eso es lo de menos, señor Pesca. En este país no queremos genios, a menos que ese genio vaya acompañado de honorabilidad. En tal caso sí

nos alegraremos, y mucho, de contar con el genio. Nos alegraremos mucho. ¿Su amigo de usted puede aportar referencias, cartas que den fe de su comportamiento?» Le hago un gesto de desdén con la mano. «¿Cartas? —le digo—. ¡Ja! ¡Dios me ampare, ampáreme Dios! Ya lo creo, ya lo creo. Yo diría que sí, desde luego que sí. Si usted lo apetece, puede aportar volúmenes enteros de cartas y fajos de referencias. ¡Desde luego que sí!» «Con una o dos será suficiente —dice entonces el hombre flemático, el hombre de dinero—. Que me las haga llegar a mí con su nombre y dirección. Y, por cierto, un momento, un momento, señor Pesca: antes de ir a ver a su amigo de usted quiero que se lleve un billete.» «¡Un billete de banco! —digo yo todo indignado—. No, nada de billetes de banco hasta que mi bravo amigo se lo haya ganado con el sudor de su frente.» «¡Billete de banco! —dice el papá con inmensa sorpresa—. ¿Quién ha dicho nada de billetes de banco? Me refiero a un billete en el que se estipulen los términos de su obligación contractual. Prosiga con su lección, señor Pesca, que yo le proporcionaré el extracto que precisa de la carta de mi amigo.» En esto, el hombre de negocios y de dinero toma asiento ante sus papeles y empuña la pluma, y yo vuelvo a descender al Infierno de Dante con mis tres doncellas pegadas a mis talones. En menos de diez minutos queda redactado el billete, y las botas del papá vuelven a crujir por el pasillo, al otro lado de la puerta. A partir de ese instante, lo juro por mi fe, por mi alma y por mi honor, ya no sé nada más. El glorioso pensamiento de haber aprovechado por fin mi oportunidad, de haber hecho por fin un servicio pleno de agradecimiento al amigo que más quiero en este mundo, se me sube de golpe a la cabeza y me embriaga. ¿Qué cómo saco a mis doncellas y me saco a mí mismo de las regiones del Infierno, qué cómo termino después el resto de mis quehaceres pendientes? No tengo ni la menor idea. Para mí ya es suficiente, aquí estoy, con el billete del poderoso comerciante en la mano, inmenso como la vida misma, ardiente como el fuego y tan feliz como un rey. ¡Ja, ja, ja! ¡Bien, bien, requetebién!

Y en este punto el profesor agitó la nota que contenía las condiciones del contrato muy por encima de la cabeza, antes de terminar su largo y fogoso relato con su altisonante parodia de un hurra que quiso ser británico hasta las cachas.

Mi madre se puso en pie en el mismo instante en que Pesca dio por terminada su perorata, y se levantó con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Sujetó al hombrecillo con cálido ademán por ambas manos.

—Mi querido Pesca, mi buen Pesca —dijo—. Nunca puse en entredicho el sincero afecto que tiene por Walter, pero ahora estoy más convencida que nunca.

—No me cabe duda de que estamos muy agradecidas al profesor Pesca por lo que ha hecho por Walter —añadió Sarah. Al decir esto hizo ademán de incorporarse, como si pretendiera acercarse a la butaca ahora que era su turno, pero al percatarse de que Pesca besaba embelesado las manos de mi madre, recuperó la seriedad y volvió a ocupar su sitio. «Si el hombrecillo trata a mi madre con tales familiaridades, ¿qué se permitirá conmigo?» Hay veces en que los rostros delatan la verdad, y ése fue sin ningún género de duda el pensamiento que ocupaba la mente de Sarah en el momento en que decidía volver a sentarse en su sitio.

A pesar de que yo también sentía verdadero agradecimiento por la amabilidad que había movido a Pesca en sus gestiones, no estaba tan animado como debería ante la perspectiva de un futuro empleo que de pronto se había abierto ante mí. Cuando el profesor hubo terminado del todo con la mano de mi madre, y cuando le di las gracias con toda amabilidad por la intercesión que había hecho en mi nombre, le pedí que me permitiera echar un vistazo al billete que su respetabilísimo patrono había redactado para que yo lo revisara.

Pesca me hizo entrega del papel con un grandilocuente gesto de triunfo.

—¡Lee! —dijo el hombrecillo majestuosamente—. Te prometo, mi buen amigo, que el escrito del acaudalado papá habla por sí solo con la claridad de los clarines.

La nota estaba redactada en términos lacónicos, directos y en todo caso bien fáciles de comprender. Me informaba de lo siguiente:

Primero, que Frederick Fairlie, señor de Limmeridge House, sita en Cumberland, deseaba contratar los servicios de un profesor de dibujo de reconocida competencia por un plazo de cuatro meses como mínimo.

Segundo, que dicho profesor debería encargarse de una serie de deberes correspondientes a dos campos del todo distintos. Debería supervisar la enseñanza de la pintura a la acuarela a dos señoritas y dedicar su tiempo libre, después, a restaurar y enmarcar una valiosa colección de dibujos que se encontraban en un estado de casi total abandono.

Tercero, que los términos del contrato ofrecidos a la persona que se mostrase dispuesta a emprender la tarea y a cumplir debidamente con estos requisitos comprendían un salario de cuatro guineas por semana; que habría de residir en Limmeridge House, y que habría de recibir el trato debido a un caballero.

Cuarto y último, que se abstuviera de solicitar este empleo toda persona que fuera incapaz de presentar las referencias de carácter y de capacitación más intachables que fuera posible. Dichas referencias habrían de ser remitidas al amigo del señor Fairlie que lo representaba en Londres, el cual quedaba dotado de la autorización necesaria para realizar todos los trámites que se estimaran oportunos. A estas instrucciones seguía el nombre y la dirección del patrón que tenía Pesca en Portland Place, y así concluía la nota o el billete, según se mirase.

La perspectiva que me ofrecía esta propuesta de empleo era sin lugar a dudas muy atractiva. El trabajo tenía todas las trazas de ser fácil y placentero; me había llegado la proposición en la temporada de otoño, que era cuando menos ocupado me encontraba yo, y las condiciones, a tenor de la experiencia personal que yo tenía en mi profesión, eran sorprendentemente generosas. Así lo había entendido; había entendido también que debería considerarme sumamente afortunado si conseguía ocupar seme-

jante puesto de trabajo; sin embargo, tan pronto hube leído el billete me inundó una inexplicable inapetencia de ponerme manos a la obra. En toda mi experiencia anterior, nunca me habían parecido mi deber y mi vocación tan dolorosa e inexplicablemente divergentes e irreconciliables.

—¡Oh, Walter! ¡Tu padre jamás gozó de una posibilidad tan prometidora como ésta! —dijo mi madre cuando hubo leído el billete en que se estipulaban los términos del contrato, no sin antes devolvérmelo.

—¡Conocer a personas tan distinguidas y, además —comentó Sarah enderezándose en su asiento—, en tan gratificantes términos de igualdad!

—Sí, sí, desde luego; los términos del contrato son en todos los sentidos sumamente tentadores —repuse yo con impaciencia—, pero antes de remitir mis credenciales, me gustaría disponer de un rato para considerar...

—¡Considerar! —exclamó mi madre—. ¿Por qué, Walter? ¿Qué te sucede?

—¡Considerar! —repitió mi hermana—. ¿Cómo se te ocurre pensar siquiera una cosa así?

—¡Considerar! —El profesor echó su cuarto a espadas—. ¿Qué es lo que pretendes considerar? ¡Contéstame! ¿No llevas un tiempo quejándote de tu salud? ¿No llevas un tiempo suspirando por eso que aquí llaman el aroma de la brisa campestre? ¡Vamos, hombre! ¡Si en tu propia mano tienes el papel que te ofrece atiborrarse a placer y a perpetuidad de la brisa del campo, hombre, al menos durante cuatro meses! ¿No es así? ¿Que no? Y también andabas necesitado de dinero, ¿no es cierto? ¿Es que cuatro guineas por semana te parecen una fruslería? ¡Dios mío de mi vida! ¡Así me las dieran a mí, y ya verían ustedes, señoras mías, cómo crujen mis botas tanto o más que las del acaudalado papá! ¡Cuatro guineas por semana, y para colmo disfrutando de la encantadora y deliciosa compañía de dos jóvenes damiselas! ¡Y eso sin contar el alojamiento, el desayuno, la cena, sus magníficas meriendas a la inglesa, con té y con pastas en abundancia, y los almuerzos y la cerveza espumeante, todo a cambio de nada!

¿Cómo es posible, Walter, mi querido amigo? ¡Que el diablo me lleve, que me lleve el diablo! ¡Por vez primera en toda mi vida no tengo ojos en la cara para mirarte y no quedarme patitieso!

Ni la evidente sorpresa de mi madre ante mi comportamiento, ni la enfervorizada enumeración que hizo Pesca de los abundantes beneficios que me reportaría mi nuevo puesto de trabajo, tuvieron el menor efecto a la hora de vencer mi irracional resistencia a emprender viaje a Limeridge. Cuando se me agotaron todas las débiles objeciones que se me fueron ocurriendo, y que una tras otra rebatieron los tres con gran desazón por mi parte, intenté crear un último y artificioso obstáculo preguntándome qué iba a ser de los alumnos que tenía yo en Londres durante el tiempo en que me dedicase a enseñar a copiar del natural a las jóvenes señoritas que estaban a cargo del señor Fairlie. La respuesta más obvia fue que la mayor parte de mis alumnos habrían emprendido sus acostumbrados viajes de otoño, y que los pocos que permanecieran en sus domicilios podrían ser confiados al cuidado de alguno de mis colegas en la enseñanza del dibujo, cuyos alumnos también había tomado yo alguna vez a mi cargo cuando se dieron circunstancias similares a éstas. Mi hermana me recordó que cierto caballero me había ofrecido expresamente sus servicios si durante la temporada de clases decidiera yo marcharme de viaje fuera de la ciudad; mi madre, muy seria, me increpó y me dijo que no tenía yo ningún derecho a que un mero e injustificable capricho se interpusiera en mi dedicación a mis intereses profesionales y en el cuidado de mi salud; por su parte, Pesca me encareció para que no le hiriese en lo más profundo de su corazón rechazando el primer y agradecido ofrecimiento que había podido hacer al amigo que le había salvado la vida.

La manifiesta sinceridad y el afecto que me inspiraron estas reconvenciones habrían pesado, y mucho, en el ánimo de cualquier hombre que tuviera un átomo de sentimiento en su constitución anímica. Aunque no pude vencer mi inexplicable aprensión, al menos sí tuve la virtud

suficiente para avergonzarme de todo corazón por mi conducta, y puse fin a la discusión a placer de todos los presentes: cedí y prometí cumplir con todo lo que de mí se esperaba.

El resto de la velada transcurrió con cierto alborozo, entre animadas suposiciones acerca de cómo habría de ser mi próxima convivencia con las dos señoritas de Cumberland. Pesca, inspirado gracias a los efluvios de nuestro ponche nacional, que al parecer se le había subido a la cabeza de forma casi mágica menos de cinco minutos después de haberlo trasegado, quiso insistir en su justo derecho a ser considerado todo un caballero británico y pronunció una serie de discursos en rápida sucesión: brindó a la salud de mi madre, a mi salud y a la salud, en masa, del señor Fairlie y de las dos damiselas que tenía a su cargo; a renglón seguido, y no sin cierto patetismo, dio él mismo las gracias en nombre de toda la concurrencia.

—Un secreto, Walter —me dijo mi amigo en tono confidencial cuando los dos volvíamos juntos a nuestros respectivos domicilios—. Me llena de júbilo recordar mi propia elocuencia. Tengo el alma henchida de ambición. Un día de éstos pienso convertirme en miembro de vuestro noble Parlamento. ¡Es el gran sueño que he tenido toda mi vida, llegar a ser el ilustrísimo señor Pesca, Diputado en el Parlamento!

A la mañana siguiente envié mis referencias al patrón del profesor, residente en Portland Place. Pasaron tres días y llegué a la conclusión —con gran satisfacción en mi fuero interno— de que mis informes no habían resultado del todo convicentes. Sin embargo, al cuarto día recibí la respuesta. Me anunciaba que el señor Fairlie aceptaba mis servicios y me instaba a viajar a Cumberland de inmediato. Añadía con todo esmero y minuciosamente, en una escueta postdata, las instrucciones necesarias para que realizara el viaje.

Hice los preparativos sin ningunas ganas, dispuesto a salir de Londres a la mañana siguiente. Al atardecer se presentó Pesca, que iba camino de una cena festiva a la que estaba invitado, para despedirse de mí.

—Secaré mis lágrimas en tu ausencia —dijo el profesor con gran alborozo— acudiendo a este glorioso pensamiento: ¡ha sido mi buen augurio y mi propia mano la que te dio el primer empujón en tu andadura, sin duda sembrada de gloria y de riqueza! ¡Ve, amigo mío! Cuando brille tu sol en Cumberland (proverbio inglés, ¿que no?), en nombre del cielo, no dejes de segar el heno. ¡Cásate con una de las damiselas, y sin duda llegarás a ser el ilustre señor Hartright, Diputado en el Parlamento! Y cuando llegues a lo más alto, acuérdate de Pesca, que desde lo más bajo te mostró el camino.

Traté de reír por la broma con que mi menudo amigo quiso darme su despedida, pero no estaba yo en condiciones de sonreír siquiera. En mi interior, algo me desgarraba dolorosamente mientras él me dedicaba su despedida.

Cuando por fin quedé solo otra vez, ya no me quedaba otro quehacer que dirigir mis pasos a la casa de Hampstead para despedirme de mi madre y de mi hermana.

III

El día había sido opresivamente caluroso, y al llegar la noche seguía estando el aire bochornoso y sofocante.

Mi madre y mi hermana habían pronunciado tantas palabras de despedida, y eran tantas las veces que me habían pedido que esperase todavía cinco minutos más, que ya casi era medianoche cuando el criado cerró a mis espaldas la cancela del jardín. Avancé unos cuantos pasos para tomar el camino más corto de vuelta a Londres, pero me detuve sin saber qué hacer.

Estaba la luna llena, inmensa en un cielo azul oscuro en el que no brillaban las estrellas, y el terreno quebrado del cerro de Hampstead resultaba tan desierto y tan salvaje bajo aquella luz de misterio que bien podría haberse hallado a centenares de kilómetros de la gran ciudad que se extendía nada más bajar por la otra ladera. Me repugnaba la idea de sumergirme tan pronto, al menos mientras pudiera retrasarlo, en el aire sofocante y en la penum-